tad con un hombre cuyas acciones admiro desde hace muchos años.

Trast. (Muy galante.)—Ya ve Ud., Sr. Subteniente, como no estaba demás preguntarle si no era Ud. "nada mas que eso". Desde el punto de vista burgués somos iguales. El Sr. Brandt, hijo, heredero de la honrada casa de géneros coloniales, Brandt y Stengel, con la cual tengo el honor de estar en relaciones, acaba de darme un curso sobre el tema del *Honor*. Permítame que diga yo algo a mi vez sobre este grave asunto. (Se sienta a la derecha.) Sea dicho entre nosotros: EL HONOR NO EXISTE (movimiento de estupor.) No se asusten Udes.

Lotario.—Pero, y lo que nosotros llamamos honor?

Trast.—Lo que llamamos honor no es mas que la sombra que proyectamos cuando nos ilumina el sol de la estimacion pública. Pero, y esto es lo mas grave, hay tantas clases de honor como clases y grados hay en la sociedad.

Lotario. (Secamente.)—Se equivoca Ud., caballero, no hay mas que un honor, como no hay mas que un sol, como no hay mas que un Dios. Quien no sienta esto así no puede ser hidalgo.

Trast.—Bah! Permítame que les cuente una historieta. En uno de mis viajes por el centro de Asia, llegué cierto día, medio muerto de fatiga y cubierto de polvo, a la morada de un jefe tibetano. Me recibió con grandes ceremonias en la inmensa sala de un palacio maravilloso. Estaba sentado en un trono, al lado de su mujer, encantadora criatura. Tomó la palabra y me dijo afectuosamente: "Bienvenido seas a mi casa, estranjero. Aquí estás en la tuya. Mi mujer queda encargada de cumplir con los deberes de la hospitalidad." No tengo para que decirles las atenciones de que fui objeto; pero debo confesarles

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.